

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

FORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Génesis de la dictadura

Escritores burgueses de la escuela liberal — y ya se sabe que el liberalismo no promueve querellas al viejo espíritu conservador y reaccionario —, pontifican desde los grandes órganos periodísticos y levantan cátedra en el circo de la política para dar un justificativo a los actos de fuerza, al atropello y a la arbitrariedad erigidos en norma de gobierno.

Se acepta la violencia, en sus formas menos jurídicas, como la substancia del derecho. Y no son precisamente los llamados reaccionarios, los que con mayor empeño tratan de arrancar a la historia una sanción que se avenga a los hechos presentes y revele al mundo la naturaleza del despotismo, considerado como el único exponente de todas las civilizaciones conocidas; los clementes liberales, los que fueron campeones de la democracia y de los derechos del hombre, frente a la quiebra de valores morales provocada por la avaricia capitalista y por la ceguera mental de las castas gobernantes, entonan un himno a la dictadura y aplauden a los histriones que offician de redentores en este momento de dislocación universal.

Para explicar el retroceso de la civilización burguesa, se hace la apología del régimen democrático, del liberalismo que sólo existió como motivo literario, de los fundamentos éticos y jurídicos que sirven de base a los sistemas nacidos de la revolución del siglo XVIII. Pero los apologetas de la democracia, eludiendo el fondo de la cuestión y teniendo únicamente en cuenta las exterioridades violentas de los hechos sociales de esta hora, pretenden radicar el fracaso del sistema en los hombres que tuvieron a su cargo la dirección del Estado, el mantenimiento del orden y la distribución de justicia...

No porque la crítica se dirija a los hombres quedan a salvo las instituciones. Para estudiar los factores morales y materiales que determinaron la quiebra de los sistemas democráticos, es necesario ir al fondo del problema. La democracia, como régimen de supuesta igualdad política, como sistema jurídico impuesto a los pueblos por una casta que vivía y vive al margen de la ley, ha fracasado mucho antes de que la guerra enseñara a los pueblos el camino de la violencia. Y ha fracasado el mito de la igualdad y del derecho ante la ley, se ha desvanecido la ilusión del gobierno del pueblo por el pueblo y han hecho quiebra los sistemas parlamentarios, precisamente porque el capitalismo fué desarrollando su formidable potencia econó-

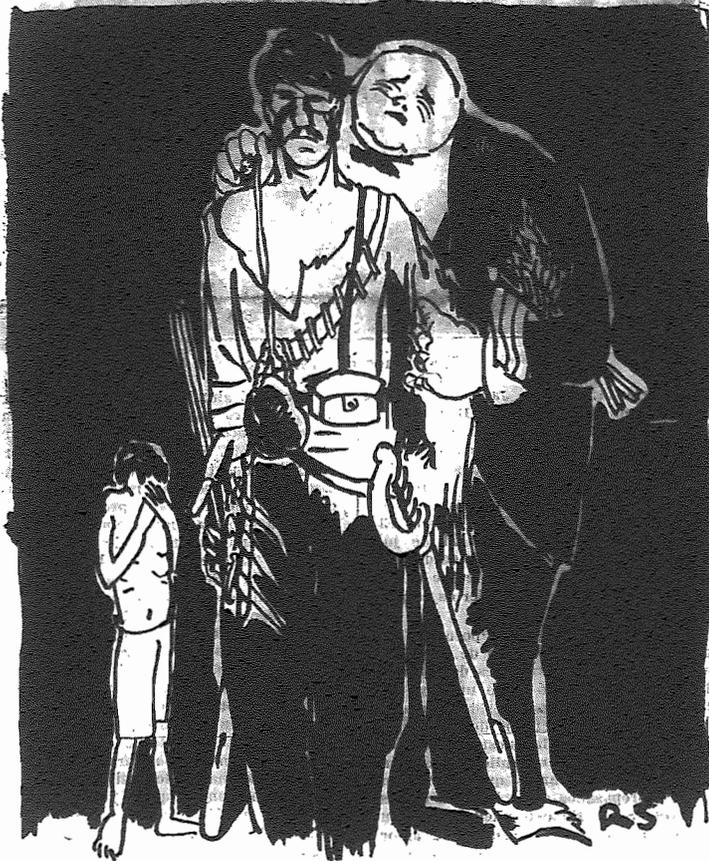
mica al amparo de esa ficción e impuso su "contrato social" a los trabajadores, ciudadanos políticamente, pero económicamente esclavos.

Los escritores liberales, empeñados en conservar sus motivos literarios y cuidando más que nada las fórmulas de su escuela filosófica... quieren ponerse a tono con la realidad. Pero los hechos presentes están en contradicción con las teorías humanitarias, con la democracia y el

dana a una infima minoría gobernante, está la negación de la democracia. Y si fué posible la contrarrevolución, si la dictadura está llamada a suplantarse a los gobiernos parlamentarios, si la violencia constituye el único recurso para lograr la estabilidad del Estado, ¿no constatamos el fracaso del liberalismo y el derrumbe de toda la civilización burguesa?

La génesis de la dictadura está

¿AGUANTARA?



LA BURGUESIA.—Aunque carezcas de comida, no debes quejarte de hambre ya que aunque no lo pidas te engalanamos con brillantes armas que has de usar cuando yo te diga ¿eh?

PROLETARIO.—¿De qué forma pagaré estos chirimbolos?

LA BURGUESIA.—Muy fácil. Con el trabajo de tus hijos y de tus nietos...

liberalismo. ¿Qué importa que Mussolini, Primo de Rivera, Poincaré o cualquier otro dictador de tipo fascista, para justificar sus excesos y dar apariencias legales a sus atropellos invoquen la salvación de la patria, la salud y la vida de los pueblos, la necesidad de buscar en el cauterio de la violencia la extirpación de profundos males sociales? En el imperio de la fuerza y en la subordinación de la mayoría ciuda-

en el fondo de la historia. En una sucesión interminable de sistemas despoticos, la evolución humana llegó a la democracia. Pero en ese sistema no desapareció la fuerza como elemento básico, como fundamento del derecho y la justicia. Se modificaron las formas externas del Estado. La ley fué el justificativo de todas las expoliaciones y de todas las tiranías. Y el pueblo, cuya soberanía proclamaron los codificado-

res del derecho, sancionó su esclavitud creyendo que así ejercitaba sus derechos ciudadanos.

Todo eso ha fracasado. El capitalismo exige la plena autoridad que le confiere su poder económico. Considera que el parlamento es un obstáculo para su desarrollo; que la democracia esteriliza las fuerzas de sus representantes legales, que los gobiernos populares están a merced de las emboscadas políticas y supeditados a los intereses electorales de los jefes de partido. Y el mismo proletariado, que nada ganó con el gobierno del pueblo por el pueblo, nada hace por defender eso que se ha dado en llamar civilidad. ¿Pueden interesarse los trabajadores por las querellas que dirimen en el parlamento los llamados representantes populares?

El capitalismo ha obrado aleccionado por la revolución rusa. El golpe de Estado bolchevique ha puesto en práctica el zarismo al revés. Para un evolucionista o para un liberal, en Rusia debió afirmarse el derecho del pueblo a elegir sus gobernantes. Pero, lejos de tener una confirmación las teorías democráticas fué la dictadura la que surgió del fondo del alma rusa para señalar a la burguesía el fracaso de todo el sistema jurídico que servía de disfraz al brutal despotismo capitalista.

Con la dictadura no se remedian los males del sistema burgués. Rusia está evolucionando hacia el capitalismo; es de hecho una nación capitalista. Y el método bolchevique ha proporcionado a la burguesía su más poderosa arma para defender sus privilegios y consolidar el régimen de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre.

En esa experiencia encontrarán los pueblos el camino perdido. No es posible que el proletariado siga girando eternamente en el mismo círculo vicioso. ¿Qué mejor lección que la del fascismo, movimiento que ha encarnado las premisas dictatoriales del comunismo de Estado y ha llevado a la práctica, en un país democrático y liberal, la experiencia revolucionaria de los continuadores del zarismo? Si descartamos la fraseología que adorna los actos opresivos del bolchevismo y tenemos en cuenta las consecuencias morales y materiales de esos exponentes de dictadura, repetidos en Italia y en España e intentados en otras naciones, constatamos esta verdad histórica: Rusia e Italia, por dos caminos al parecer distintos, llegaron al mismo punto: a la dictadura, cuyo génesis está en el fondo oscuro y trágico de la historia. Y, por eso mismo, Lenin y Mussolini son dos equivalentes históricos, dos figuras que se completan.

Historia del martirologio de Chicago

COA Dejamos la pluma a una camarada que vivió en la viciosa actividad de los mártires y que relata sus recuerdos al congreso anarquista de París, 1900.

Los acontecimientos principales son de tal modo conocidos de los que aman la libertad que es casi superfluo relatar los detalles del martirologio de Chicago. Pero este no será nunca un asunto tan familiar para los demás como para nosotros mismos, que hemos pasado tantos meses con los mártires, que hemos temido, esperado, confiado y sufrido con ellos. Yo tendría mucho que contar en los términos más patéticos de lo que pasó en los tribunales, de lo que se produjo en cada una de sus jornadas dramáticas.

El 21 de junio comenzó el proceso de August Spies, Albert Parsons, Adolph Fischer, Samuel Fielden, George Engell, Miguel Schwab, Oscar Neebe y Luis Lingg en los tribunales de Cook County, bajo la presidencia de Gary.

Un acontecimiento de los más impresionantes se produjo el primer día, en la sesión de la tarde. Albert Parsons no había sido aún arrestado, a pesar de las activas investigaciones de la policía. Salvo William Holmes y Daniel Havy de Wankesha, amigo abnegado y muy valiente, en casa del cual se había refugiado, nadie sabía donde se encontraba. Fuí yo quien aconsejé a Parsons que saliera de Chicago en la noche del 4 de mayo, después que el mitin hubo sido dispersado. No estaba todavía al corriente de lo que había ocurrido, pero presentía que nuestros conferencistas — que estaban de tal modo señalados — deberían sufrir siempre de cierta manera, sucediese lo que sucediese. Después de haber discutido largamente, Parsons, por fin, consintió en marchar a Geneva, donde nosotros habíamos, para deliberar con William Holmes sobre lo que haría. En seguridad desde el 4 al 21 de junio, no hubiese sido nunca descubierto por los agentes de la autoridad. Sólo que él no hubiese podido conservar una libertad deshonrosa cuando la causa que amaba y sus camaradas lo reclamaban. Nadie en el mundo oficial de la ciudad sospechaba que Parsons estaba tan cerca cuando apareció en los tribunales, adonde había debido ser arrastrado, encadenado, por hombres armados hasta los dientes. Y sin embargo, repentinamente se encontró entre ellos, llevado como un huesped honorable por el capitán Black. Estaba lleno de calma, cortés, distinguido, como debe estarlo el hombre libre que se entrega por su propia libertad a la prisión y a la muerte. El instante fué dramático, un silencio de muerte reinaba en la sala, silencio que fué turbado por un ser que tenía un alma demasiado pequeña para reconocer una acción tan grande, Grinnell, que lo llamó por su nombre y gritó: "Veo aquí a Albert Parsons, pido su arresto". Pero no fué arrestado. En efecto, Parsons se presentó él mismo a los jueces, se volvió hacia sus amigos, les estrechó la mano y tomó asiento entre ellos. No debía gozar más de la luz del sol y del aire libre.

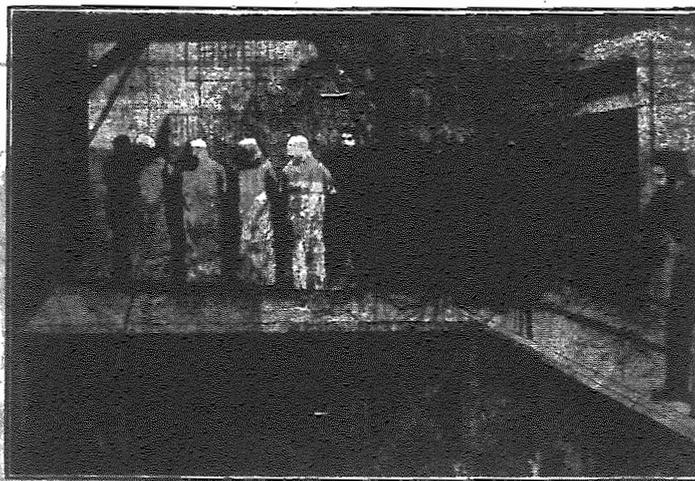
La lista de los jurados no fué conocida más que al fin del día 21. Los jueces hicieron reglamento de circunstancia a fin

mentan en la dolorosa realidad que viven los pueblos.

Como fracasaron todos los caudillos elevados sobre las masas esclavizadas, fracasarán esos dos apóstoles de la dictadura. Y su fracaso revelará a la burguesía la impotencia espiritual de los creadores del sistema que ampara sus privilegios. Existe una fuerza invencible en la entraña del mundo. Y esa fuerza ha de surgir un día, pujante y terrible, para arrasar el tinglado de la farsa.

de que el jurado estuviese compuesto de hombres cuyo juicio estuviese previsto de antemano. Se demostró después por las deposiciones de los hombres juramentados que el escribano se había vanagloriado de haberse ocupado de la causa de modo que resultara un jurado que condenara a la horca, y que uno de los jurados había declarado que los presos irían a la horca si se le daba esa función. El presidente Gary no prestó atención alguna a estos hechos cuando se le hicieron observar. El jurado, cuyo espíritu de prevención no daba lugar a duda — estaba compuesto por James H. Cole, Scott G. Randall, Theodor E. Deuker, Charles B. Todd, Frank S. Osborne, Andrew Hamil-

LOS MARTIRES DE CHICAGO



En manos del verdugo

ton, Charles A. Ludwig, James H. Brayton, Alrusion H. Reed, Tohn B. Greiner, George W. Adams, Howard T. Sandford. Los procuradores eran J. Grinnell, Walker y Fruthmann. Los abogados: capitán Black, Frank Foster, Salomón y Iesler. Los testigos de descargo ocuparon siete días, a contar desde el 2 de agosto. El intervalo de tiempo entre el 21 de junio y el 2 de agosto fué entretenido por la discusión que se promovió entre la defensa y la acusación sobre ciertos cargos y pruebas.

Entonces vinieron poco a poco las horas de angustia: el período de ansiedad intensa de las deliberaciones del jurado, el veredicto que cayó como un rayo en el corazón de nuestros queridos camaradas. Después los discursos de los acusados en respuesta a la cuestión del juez para que no les fuera aplicada la pena de muerte — discursos que no fueron nunca sobrepasados en la historia de los procesos. Sand Fielden quedará por su elocuencia sencilla, su ternura, su amor a la verdad. Conmovió a todos aquellos en quienes el corazón late ante sentimientos humanos y que asistían a esa audiencia. Se vió llorar hasta a los policías; Grinnell parecía muy grave y abortivo; sólo Gary quedó frío como el mármol.

La sentencia fué pronunciada el 20 de agosto. Se fijó la fecha del 3 de diciembre de 1886 para la ejecución. Rehusando Gary un nuevo proceso, se apeló a la corte suprema de Illinois para demandar una prórroga. No llegó respuesta alguna durante varias semanas. En fin, llegó noviembre, la ansiedad estaba en su colmo; se tenía igualmente ver llegar el tres de diciembre. El día de gracias (Thanksgiving day; día americano de fiesta) estaba allí terrible para nosotros. La sociedad de amnistía debía reunirse esa noche; después de haber comido corrí a la ciudad baja con el corazón oprimido. Repentinamente, cuando atravesaba el puente, oír gritar a un vendedor de diarios: "Últimas noticias sobre la prórroga pedida por los anarquistas": me apoyé en el parapeto temblando y gritando de alegría. Llegué a la sala en donde

los compañeros estaban reunidos. Nos felicitamos mutuamente. Creíamos que algunos meses más nos permitirían salvar a esos camaradas. La farsa evidente, la parcialidad del jurado, la nobleza del carácter de los compañeros debían crear un movimiento en su favor en el sentimiento público, en fin, todo acontecimiento posible; cualquiera que fuese, que permitiera salvarlos. No podíamos dudar entonces de lo profunda y mortal que era la potencia capitalista en Chicago. Yo creo que fué intentado todo lo posible para libertar a los presos. Si se contara todo lo que se hizo, tanto por los camaradas como por algunos conservadores, se llenaría un volumen. Si no se ensayaron otros planes, es que se estaba seguro de que cada tres personas que se empleaban, por lo menos había un espía. Se nos abrían nuestras cartas, se vigilaban nuestras idas y venidas, se escrutaban nuestros actos; por tarde que se saliera de las reuniones se hallaba pegado junto a

adlós. Cuanto más este incidente porque todos los relatos anotan este hecho y muchos de nuestros camaradas no lo conocen más que por esos relatos. Se dice que la camarada de Parsons fué retenida en la oficina del capitán hasta la ejecución. La verdad es que se rehusó a Lucy Parsons ver a su marido la noche precedente, prometiéndole dejarla al día siguiente por la mañana. Ahora bien, al día siguiente no se le respondió de inmediato, fué enviada de unos a otros hasta desesperarla, entonces trató de penetrar en el interior de la prisión. Se hizo venir coches celulares en los que se nos encerró con los dos hijos de Parsons y se nos condujo al puesto. Se nos encerró desnudas, en los subterráneos y se investigó ignominiosamente en nuestros vestidos, aunque no existía mandato de captura contra nosotros. No podíamos sentarnos, tan sucia estaba la celda. Nuestros amigos no sabían donde encontrarlos. A las cuatro, el capitán Schaaek vino hipócritamente a expresarnos sus sentimientos y nos hizo poner en libertad. Durante nuestro aprisionamiento se había consumado el martirio.

El domingo 12 de noviembre se celebraron funerales grandiosos en Chicago. Desde la casa de August Spies hasta el depósito de la calle Polk, en un espacio de cinco millas, había muchedumbre. Apenas podía realizarse el cortejo, que tenía dos millas de largo. De cada casa de los mártires se traía un féretro lleno de flores, destinado a unirse a la majestuosa procesión.

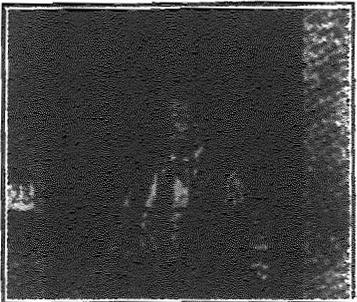
Se les enterró en el cementerio de Waldheim, llorados por una multitud inmensa, a los sones de una música fúnebre y tras elocuentes discursos. Ha llegado ya el tiempo en que "el silencio dice más que nuestras voces que hacéis enmudecer".

La clase que ha perseguido tan ferocemente a nuestros camaradas hasta la muerte se creía satisfecha. Grinnell decía: "Las ratas deben ser expulsadas de sus agujeros; la anarquía debe desaparecer de América". Todo parecía tranquilo, nadie se atrevía a hacer oír un pensamiento anárquico, al menos en Chicago. Las predicciones de muchos camaradas eran tristes y sombrías. ¿Era verdad? ¿Era posible que la muerte de siete camaradas hiciera detener el movimiento para siempre? ¿ese movimiento que parecía acercarse al fin tan deseado en que la actividad produce sus frutos? Muchos amigos simpáticos a la causa, creen aún que el drama del 11 de noviembre ha sido una calamidad terrible para la idea; que el miedo ha destruido el entusiasmo hasta el punto que las organizaciones han sido paralizadas; que los convertidos a medias han sido debilitados o casi perdidos; que ese desastre abatió el ánimo de los antiguos militantes. El golpe podía estimular una cierta agitación; pero compensaría ésta la pérdida que se había experimentado en hombres de tal habilidad, de semejante abnegación y de una sinceridad tan profunda? La evidencia está ahí.

un farol del alumbrado nuestro fiel guardián, nuestro ángel tutelar. Los compañeros nos aconsejaban ya que no intentaríamos nada. Fischer, en la última conversación que tuve con él en prisión me dijo: "No os ocupéis más de nosotros, continuad mejor vuestra propaganda. Dejados a nuestra suerte. Nuestra muerte hará germinar enjambres de nuevos adeptos. Sea lo que sea, no abandonéis la propaganda". Se sabe que la Corte Suprema de Illinois no hizo nada; tampoco, por lo demás, la de los Estados Unidos. Nuestro último recurso era el gobernador de Illinois, que hubiera podido conmutar la pena, y que fué solicitado por ciudadanos que esperaban poder influenciarlo. Los presos no firmaron solicitudes, pues eran inocentes, aunque el capitán Black, Melville Stone y otros ciudadanos influyentes les rogaron mucho. Era un esfuerzo maravilloso el de esos hombres que habían cumplido ya diez y ocho meses de prisión y que habían oído andamiar el cadalso.

Su estoicismo no fué quebrantado. Nosotros esperábamos con impaciencia el minuto que nos llevara una palabra del gobernador de Illinois en los primeros días de noviembre de 1887. Abogados, intelectuales, oradores, escritores, comerciantes, todos esperaban la palabra de piedad que debía salir de labios del gobernador. Llegó por fin — eran las seis — rehusaba. El golpe nos dejó aturdidos. La noche fué terrible, nadie daba crédito a sus oídos — nadie era capaz de una decisión. Los camaradas corrían perdidos, trataban de encontrarse para confiarse su dolor, pero los espías eran numerosos. Se les distinguía por sus maneras violentas de atacar la ley y al gobierno con sus amenazas vengadoras. Los que eran sinceros hablaban poco. Por fin apareció el día, brillante, y repentinamente tenebrosó como si hubiese comprendido la tragedia que iba a realizarse a su luz.

La camarada de Parsons y yo fuimos muy temprano a la cárcel; porque se le había prometido el permiso para ver a su marido a quién iba a darle su último



Parsons en la celda 23, cantando himnos revolucionarios.

De una fotografía de la época

sin embargo, y las palabras proféticas de August Spies se realizan: "Nuestro silencio dirá más que las voces que hacéis enmudecer". Sin duda el silencio — el silencio doloroso y terrible — se hizo durante un tiempo después del entierro de nuestros cinco muertos. Pero los actores

el drama estaban aterrados con su éxito. Les parecía que algo llegaría a romper ese silencio y algunos periódicos aconsejaban que se hiciera el vacío alrededor del asunto, diciendo: No discutamos, no hizo justicia, la ley se ha vengado. Cuando menos hablemos, mejor nos encontraremos. Todos los que siguieron el asunto han advertido el silencio político conservado por los periódicos de Illinois. El día del aniversario se hablaba lo menos posible de la multitud que se amontonaba en el cementerio, de los discursos que se pronunciaban, de las montañas de flores que se llevaban.

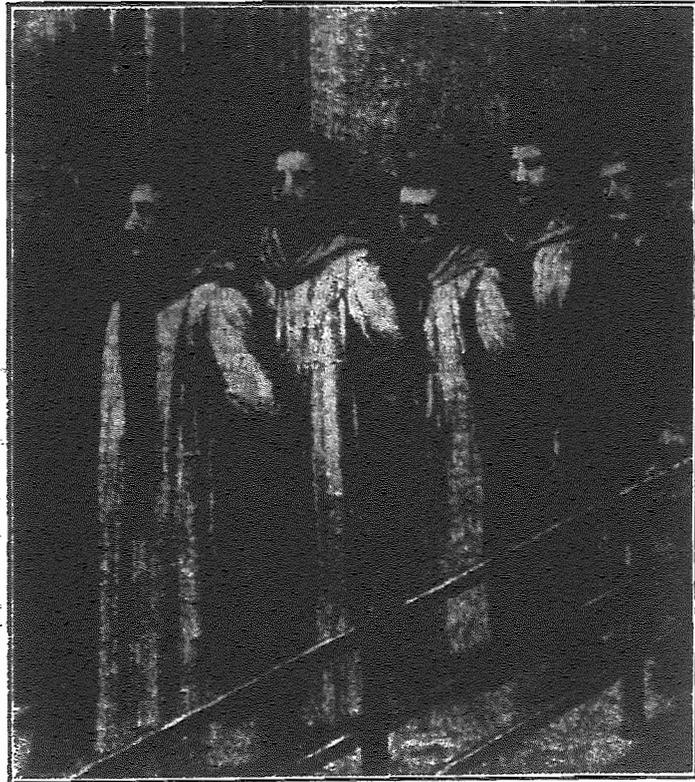
en respuesta a la apología de Gary: "¿Por qué el *Undertone*?" — que fue publicado en forma de folleto y leído por millares de gentes. Era una excelente demostración de los fraudes, de las ilegalidades del proceso y al mismo tiempo se probaba la belleza de la obra de los condenados como criminales. Desde que Gary abrió el fuego, por todas partes se interesaron en la cuestión; desde que el juez sentía la necesidad de defenderse, personas a quienes jamás se les habría ocurrido el pensamiento de dudar de un personaje tan honorable, experimentaron a su vez el deseo de ver si las explica-

bertad individual, muchas organizaciones, bajo nombres diferentes, no son más que escuelas de propaganda. Todas las clases ven levantarse en su seno hombres que se declaran, sino anarquistas, al menos favorables a la anarquía: profesores, escritores, oradores, hasta los predicadores.

Todo esto está destinado a desenvolverse, a crecer en un movimiento prodigioso muy significativo. Es la evolución segura de un porvenir no lejano. Tenemos un puesto en la historia: la prisión y la muerte por los principios no es una desgracia; al contrario, el no sufrimiento por la causa de la verdad sería deshonoroso; haber sido designados por la persecución es un bien. Tenemos para el porvenir el ejemplo de estos siete hombres valientes, serenos, gloriosos. Una causa que tiene semejantes mártires no podría menos de ser elevada y noble. Si hubiéramos podido, ciertamente habríamos salvado a nuestros mártires; no es voluntariamente que hemos aceptado ese sacrificio. Sin embargo no pudimos. Cuando miramos a nuestro alrededor y lanzamos una mirada lejana sobre la situación intelectual, vemos "que ha acontecido un gran bien". Los métodos de agitación han cambiado enormemente. No tenemos necesidad de buscar los sentimientos de pasión, el intenso entusiasmo, la abnegación sin límites que tenían más bien su raíz en la amargura que en la inteligencia. El estudio, las investigaciones, los argumentos de una educación cuidadosa, tales son los instrumentos del trabajo futuro.

El pensamiento puede hacer su trabajo obscuro en millares de cerebros, sin que nosotros lo sepamos tan bien como antes, cuando dos o tres adherentes se encontraban juntos. Sabemos bien que los actos más importantes no resultan de las organizaciones. Podemos trabajar en común, estudiar, deliberar juntos, pero es el individuo el que obra. Un amigo decía: "Temo que vuestra causa se haya retardado en cincuenta años a consecuencia del asunto de Haymarket" — y yo le respondí: "Estamos cien años adelantados a consecuencia del martirologio de Chicago".

LOS MARTIRES DE CHICAGO



Hacia el patíbulo

Se prohibieron las reuniones, las peticiones, las aglomeraciones, todo estaba prohibido, hasta se dio orden de impedir que la *Marsellesa* y *Annie Laurie* fuesen cantadas en público.

Pero tales medidas no han hecho nunca la paz. El pensamiento no ha sido nunca encadenado por tan miserables designios. El movimiento permanecía secreto, pero persistía. ¿Por qué Gary llegó a escribir una apología de sus propios actos en su bien denominado artículo "Undertone", sino porque sabía que es una especie de "Undertone", de encuesta, de opinión pública la que se despertaba lenta pero seguramente sobre la justicia del asesinato legal de los anarquistas? El pueblo no estaba completamente tranquilizado, aún cuando los periódicos lo persuadían y de tanto en tanto, hombres y mujeres de todas las condiciones parecían informarse a fin de saber mejor lo que nuestros camaradas habían querido. Se preguntaban por qué hombres de apariencia inteligentes defendían doctrinas que se les decía ser viles. Se preguntaban lo que es, después de todo, el socialismo, lo que es la anarquía que hace que los hombres de valor se resignen a sufrir la pobreza, a soportar la muerte por ella. Millares de individuos leían los discursos, las cartas, las entrevistas de nuestros camaradas presos, siendo que en otros momentos hubiese sido difícil hacer penetrar la menor partícula de la idea entre ellos. El pueblo era poco a poco conquistado por esa lectura y quería saber más. De esa época data el hábito de interesarse en los libros sobre cuestiones económicas. Además del impulso dado a los estudios y al movimiento por el trabajo, la prisión y la muerte de los mártires, la situación ha favorecido mucho la propaganda y esto de varios modos. Alguien ha escrito

ciones eran plausibles y, leyéndolo, notaron el poco fundamento. El trabajo sincero realizado por todos los anarquistas de América antes del asunto de Haymarket no iguala en nada a la agitación que fué producida después de la liberación de Fielden, Neebe y Schwab, cuando el gobernador Aldgett hizo aparecer su libro: *Razones por las cuales agracié a los anarquistas* desde el punto de vista de la popularización de la idea. Ese libro fue leído por el pueblo entero, aún cuando no hubiera tocado nunca un folleto anarquista. Conozco por mi parte una docena de personas cuya evolución data del día en que leyeron esa pederosa acusación contra los jueces de Chicago. Quince años antes, mientras los camaradas hacían tantos esfuerzos, salvo en los centros industriales, pocas personas sabían que existe una filosofía anarquista. Era tan difícil arrastrar a un animal salvaje por la persuasión a un club social como tratar de introducir la idea en el pueblo. Ahora, cuando se quiere hacer penetrar la idea en un sentido cualquiera, se la encuentra ya allí en germen. Cada uno tiene ya nociones de lo que desea hacerle oír. Los que son bastante antiguos en el movimiento y saben lo que era la agitación hace veinticinco años y lo que es ahora se darán una idea justa de lo que digo. Qué importa si hay menos reuniones numerosas y de apariencia apática. Todo está en el pensamiento, en la idea. Ahora bien, apenas se encuentra una asamblea en que no se discutan más o menos las cuestiones económicas y en que las ideas de libertad no sean agitadas por algún neófito. Los clubs de mujeres en gran número ponen a la orden del día los asuntos del socialismo y de la anarquía bajo pena, de lo contrario, de ser tratados de atrasados. Todas las sociedades discuten la cuestión de la li-

La reacción en Alemania

marckianas de excepción, los jueces y los espíritus de la social democracia dominante en Alemania saben proceder con el celo más riguroso en beneficio de las clases privilegiadas, — sin retroceder ante ninguna especie de procedimiento para demostrar su gratitud y su adhesión a los amos.

En Münster tuvo lugar el 28 de septiembre un proceso contra los siguientes camaradas: Paul Schroth, Wilhelm Wojaczek, Simón Dojenik, Paul Kestel, Karl Boerder, Wilhelm Hellmann, Rosina Hellmann y Eva Gehring.

La acusación fiscal dice que los dos primeros camaradas robaron en Hoevel unos 25 kilogramos de dinamita y 1000 cápsulas explosivas, con cuyos materiales tenían la intención de provocar peligro para la propiedad, la vida y la salud de los otros.

Los demás son acusados de complicidad.

Los jueces del orden social democrata alemán, que apelan aún, a la ley del 9 de julio de 1824 sobre el empleo de las substancias explosivas para sentenciar a las víctimas que caen bajo sus manos, dicen: "La pertenencia de los acusados a una organización anarquista que, como el mismo nombre confiesa, tiene por fin la abolición del orden estatista, hace aparecer la intención de hechos de violencia en los casos presentes muy fundadamente, puesto que la abolición del orden actual del Estado al margen de la ley no es imaginable sin violencias". Y es en mérito a esa suposición de futuros actos de violencia, suposición basada en el hecho de que los acusados pertenecen a grupos anarquistas, que los tribunales de Münster dictaron su condena.

Los debates del proceso, en que aparecieron unos treinta testigos de descargo, hacen decir a *Alarm* de Hamburgo: "Bien vengán todavía otros procesos semejantes — nuestro movimiento se hará más corriente; hombres que nunca estuvieron en relación con nosotros, serán atraídos a las ideas anarquistas por los interrogatorios y hasta los jueces y jurados y demás personal de la Justicia tendrán después otra concepción del pensamiento anarquista".

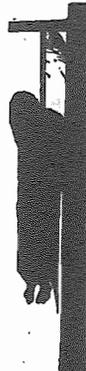
Las gentes del orden intentarán por todos los medios asegurar que las materias explosivas secuestradas serían probablemente empleadas en hechos violentos, porque a los detenidos se les encontró libros de Kropotkin, de Tolstol, de Stirner, etc.

El resultado final fué la condena de Worjazek a 7 meses, la de Schroth a un año y 3 meses y la de Dojenik a un año.

Es así como se procede en el reino de Ebert-Stinnes todavía. Una acusación basada en el crimen de profesar ideas anarquistas es bastante para separar de su puesto de trabajo a honestos obreros que tienen a su cargo el mantenimiento de una familia.

En breve tendrán lugar varios otros procesos de la misma naturaleza que el de Münster y en los cuales, es seguro que habrá que contar nuevas víctimas.

Un hecho que demuestra perfectamente el régimen liberal en que vive el pueblo



Es quizás inútil recordar que tres de nuestros camaradas han sido agraciados por Altgelt después de siete años de prisión. Estos son: M. Schwab, O. Neebe, y Sam. Fielden; Miguel Schwab murió de su enfermedad, la cual se agravó en la prisión. Neebe vive en Chicago, tranquilo y siempre buen socialista. En cuanto a Fielden habita en el sur de Illinois. Lo ví hace una semana, con buena salud, aunque un poco encanecido. Es siempre de buen humor, sociable, teniendo el encanto de la sinceridad que le permite tener muchos amigos. No toma ya una parte activa en la propaganda, pero se interesa en ella lo mismo que antes.

LIZ M. H. OLMES
Denver, Colorado, año 1900.

La caridad es el género de sensualidad más perverso.

Los que administran la pobreza y el malestar, son cómplices en los dos crímenes más horribles.

El que da dinero no se merece placeres, porque es generoso con el producto del trabajo de los demás.

Toda persona genuinamente benevolente detesta la limosna y la mendicidad.
Bernardo SHAW

Literatura-Arte-Ciencia

IDEAS Y CANCAN

—Los gobiernos, me dijo mi amigo; el sonriente escéptico y, como escéptico de ley, conservador; los gobiernos, me dijo, combaten las nuevas ideas con las viejas.

Interrumpí yo frenético:

—Con los prejuicios dirá Vd; porque las ideas envejecidas ya no se deben llamar ideas, sino prejuicios, así como los trajes viejos ya no son trajes sino harapos!

—Mi amigo, el escéptico, sonrió; y dijo: —Quizás tenga Vd. razón; pero déjeme concluir: los gobiernos combaten las nuevas ideas con ideas viejas, con prejuicios, si Vd. quiere...

Volví a interrumpirlo:

—No siempre! Las más de las veces jamás combaten con balas, aunque la bala no es otra cosa que la voz del prejuicio. También las combaten con alcohol!

—A eso iba, precisamente, proseguí él con toda calma: Si Vd. no me hubiese interrumpido, ya sabría que yo no estoy de acuerdo en el modo con que los gobiernos combaten las nuevas ideas. Es poco hábil poner en discusión una idea vieja, o un prejuicio, como Vd. quiere llamarla, con una idea nueva. Menos hábil aún es oponer la fuerza. El sable y las balas han hecho más rebeldes que todas las ideas nuevas. No hay voz más subyugadora, de una elocuencia más convincente que el silencio de un mártir. Una nueva idea sólo comienza a vivir cuando cuenta con algún mártir. Esto no lo han visto los gobiernos todavía, porque convengamos en que todos los gobiernos ven muy poco, tal vez por aquello de que a hombre harto se le estrecha el entendimiento. La causa no importa. El hecho existe, y constatémoslo. Hay falta de habilidad en los gobiernos por su modo de combatir las ideas nuevas. Poseen una robusta voz: la bala, y unos pulmones vigorosos: las leyes; y en cuanto ven una llama intentan apagarla gritando y soplando. Con lo cual sólo consiguen avivarla, y convertirla en hoguera, en incendio... Hay métodos más eficaces que los de la fuerza para combatir las nuevas ideas. Más eficaces y menos ruidosos: el alcohol es uno. ¡Cree Vd. que un pueblo de borrachos estaría descontento de sus gobernantes? ¡Nunca! El descontento y la inquietud, esas dos raíces que se internan a buscar nuevas savias y por cuya causa el árbol humano ostenta estos nuevos frutos que se llaman nuevas ideas; el descontento y la inquietud no los conocen los borrachos. Nadie más quieto que un borracho gritón y movido, ni nadie más contento. Si se quiere conservar lo establecido, hay que impedir la inquietud y el descontento; mas no con la fuerza que aterroriza, sino con la habilidad que engaña. El alcohol es un modo hábil, pero cruel y poco productivo. Si bien es verdad que pueblo borracho no

siente inquietud y descontento, también es verdad que pueblo borracho trabaja mal, que no produce el máximo; y todo gobierno lleva un fin: hacer que su pueblo trabaje lo más posible para que produzca lo más posible también. Se me ocurre una comparación: el pueblo es la tierra y el gobierno es el labrador. Este abona su tierra a fin de que le produzca lo más posible. Abonar un pueblo para que trabaje mucho y produzca, es quitarle inquietud y descontento. El alcohol no es el abono ideal, porque si bien quita el uno y la otra, quita máximo de producción también. El gobierno que lo emplea se roba a sí mismo. Hay un método más eficaz: es la diversión. Pueblo que ríe es pueblo que olvida su miseria. Esto lo han intuido algunos despotas, ¿qué otro fin tenían los sangrientos circos de los Césares o las chamusquillas públicas de la inquisición?; pero esto de divertir al pueblo para hacerle olvidar su miseria, es decir, para que estando quieto y con-

diversión: He ahí lo único que, haciendo olvidar su miseria a los que trabajan, impide que en ellos germinen la inquietud y el descontento.

Dijo, mi amigo el escéptico; y se me quedó mirando, sonriente. Yo, perplejo, callaba...

—¿V? me preguntó.

—Que por primera vez en la vida, le respondí, hallo razón a un escéptico: ¡Vd. tiene toda la razón! Su dialéctica es convincente, irrefutable. Convento en que la diversión es el arma más hábil para combatir las nuevas ideas; es arma de combate y instrumento de detención, sin ser de muerte como lo es la bala que escita, o de crueldad como lo es el alcohol que embrutece. Convento en todo, admirado de sus conclusiones. Sólo quisiera saber cómo ha podido llegar a ellas.

—Por la observación, respondí; y sólo de la observación fluyen las verdades inconcusas, mis conclusiones de hoy, esta "filosofía de la diversión", por llamarla así, no me pertenece. Ya le he dicho que fué intuida por algunos despotas hábiles, aunque de modo informal, en estado líquido, sin que cristalizara en conciencia. Yo la he visto usar con éxito

la compañía de teatro, las propagaba en forma de cuentos y apólogos. Otro muchacho se largó a dar conferencias por las esquinas; y, cierta vez que se le impidió, formóse una columna de manifestantes los que, rompiendo vidrios en las casas de comercio, y silbando iglesias, se llegaron hasta bajo los balcones del gobernador, en són de protesta.

Los comerciantes y los clérigos estaban aterrados. El asunto se complicaba, se hacía peligroso. Alguien aconsejó al gobernador que expulsase a los cómicos, metiese presos al periodista y al comerciante y ahuyentase a sablazos al pueblo, en cuanto pretendiese hacer manifestaciones.

El gobernador, mi amigo, el doctor X, se negó a tomar estas medidas.

Y respondí a los que le exigían sangre:

—No quiero hacer mártires.

Mi amigo era un consumado filósofo; un diplomático sin ejemplo, un singular, gobernante. En vez de expulsar, aprisionar y matar a los turbulentos que amenazaban con inquietarle y descontentarlo su pueblo trabajador; mi amigo, el doctor X, puso enfrente mismo del teatro subversivo, otro teatro. Y ya que él uno había traído de Buenos Aires el mal, el gobernador trajo el remedio de Buenos Aires: su teatro sólo tenía un fin: divertir al pueblo. Trajo de Buenos Aires, bailarinas de redondas piernas, morbidos pechos y donosas sonrisas. A las ideas nuevas del teatro rebelde, opuso las contorsiones de la danza lúbrica, tan vieja como el vicio.

Y el cancan venció a las ideas: Poco a poco, el pueblo fué abandonando el teatro donde se le hace pensar, para poner de boté en bote el teatro donde se le hace reír. Aquél hubo de cerrar sus puertas, y sus cómicos desterrarse de "motu proprio". El periodista no halló lectores ni oyentes el conferenciante. El teatro de la risa, daba tres funciones diarias, al alcance de los más menesterosos, y el pueblo no tenía más instantes de ocio que los consagrados a reír. ¡Cómo para leer al periodista y escuchar al conferenciante estaba él! Uno y otro callaron, definitivamente vencidos; y el gobernador, mi amigo, el doctor X, fué consagrado como el benefactor del pueblo trabajador.

Claro está que los patronos, al verle tan tranquilo y contento, aumentaron las horas de jornal y disminuyeron el salario, pero como el pueblo reía, trabajaba más.

Aquí concluyó el cuentecillo del escéptico sonriente, el que aún le agregé dos sentencias:

—Si el pensamiento es un vino, su antidoto es la diversión.

Haz reír, y evitarás pensar.

ÁLVARO YUNQUE

MINERO

*Manos rudas, ásperas. Curtida
La piel y la meina gris, airada.
Grandes pupilas hechas llorarada
Y ardientes en la fiebre de la vida.*

*Lá cordelas de emoción su herida
Felindamento agazapada
Dentro del corazón que ruje a cada
Arista de la hulla derruida.*

*Ya no hay oro de luna ni de sol
Para este hombre de color de cok
Que pasa y pasa por el subterráneo,*

*Taladrando al azar, como si fueran
Honda y vibrante estrofa prisionera
Entre los muros trágicos de un cráneo.
Santiago GANDUÑA*



alemán, lo tenemos en la persecución incansante contra todo escrito de tendencias avanzadas. Hace poco fué registrada la librería del periódico *Alarm*, de Hamburgo a fin de secuestrar *La Peste Religiosa*, de Most.

En Dresde fué condenado a seis meses de prisión el redactor de un periódico, *Der Atheist*, a causa de la difusión del mismo folleto, que puede circular hasta en los países más reaccionarios.

Por lo demás esto no debe llamarnos la atención si sabemos que el gobierno ruso ha prohibido a la editorial *Golos Truda* la publicación del libro de J. M. Guyau, *Esbozo de una moral sin obligación*.

tento, trabaje y produzca el máximo posible; es una adquisición moderna de los gobiernos capitalistas. Eso que algunos llaman democracia, es quien va adquiriendo la conciencia de todo lo que puede la diversión para impedir que cundan la inquietud y el descontento. Por desdicha, los gobiernos no han adquirido la conciencia de la diversión, por decirlo así. Por eso presenciamos aún masacres de obreros, huelgas reprimidas a tiros o agitadores deportados o imprentas empasteladas. Cosas poco hábiles, que si, momentáneamente, aminoran el descontento y la inquietud, no los apagan. También vemos la protección que prestan los gobiernos a los fabricantes de alcohol, y como se esfuerzan en abaratarlo. Ya le he dicho por qué no concuerdo con este modo tan cruel de combatir las nuevas ideas: Es poco práctico. ¡La diversión! He ahí la panacea única para extirpar de nuevas ideas el árbol humano. ¡La

halagüeño, y de mi observación práctica generalicé la teoría. He aquí el hecho. Si yo fuese escritor, haría con él un divertido cuentecillo, y lo titularía: "Ideas y cancan".

En una ciudad de provincia, el pacífico gobierno del doctor X, mi amigo, se vió convulsionado por algo insólito: Una compañía de teatro llegada de Buenos Aires, comenzó a dar obras revolucionarias, en las que todo era descontento e inquietud. Allí se negaba a Dios y a la Patria, y lo que más perturbaba al gobernador, mi amigo, el Doctor X, propietario de irreconribles latifundios, hasta la propiedad se negaba allí.

El pueblo que comenzó a ir al teatro por curiosidad, siguió yendo porque se descontentaba e inquietaba; y en estas sensaciones parecía encontrar un placer desconocido hasta entonces. Además: un muchacho fundó un periódico en el que, haciéndose eco de las "ideas nuevas" de

EL UNDÉCIMO

En su visita de la mañana, el maestro, que tenía una cabeza pálida de largos cabellos marmóreos y cuyos anteojos lucían solemnemente, se detuvo ante mi mesita, a la entrada de la sala 28, y se dignó anunciarme que sería propuesto para la recepción, de aquí en adelante, de los diez pobres hospitalizados cada mes por la casa. Luego siguió, entre el grupo solitario de los alumnos, tan alto y tan pálido, que éstos parecían llevar un busto céntrico, de sala en sala.

Balbué un agradecimiento que no oyo. Mi corazón de veinticinco años experimentaba un orgullo feliz ante la idea de que se me había elegido para prestar una de las más nobles tradiciones de la casa, en la que yo, modesto preparador, erraba perdido entre opulentos enfermos.

El primer día de cada mes, el lujoso palacio hospital volvíase el paraíso de los vagabundos. Una de sus puertas exteriores se abría, para dejar entrar los diez primeros venidos, fueran quienes fuesen, vinieran de donde vinieran, o escaparan... Y durante todo un mes esos diez escombros humanos gozaban de la total hospitalidad del féreico establecimiento, como cualquiera de los más distinguidos clientes del maestro, como los arquiducos y los millonarios. Para ellos eran también las altas salas de paredes, más que blancas, brillantes; los corredores vastos como calles cubiertas, y que, en el verano o en el invierno, tenían la frescura y la tibieza de la primavera. Para ellos eran los arriates inmensos, depositados sobre el terciopelo verde como ramos mágicamente agrandados, sobre los cuales se anda; para ellos eran los muros lejanos pero infranqueables, que protegían del espacio libre, de sus caminos errantes, de las llanuras que no acababan nunca, como el cielo. Durante treinta días los refugiados no se ocupaban más que de no hacer nada, no trabajaban más que en comer, sin el temor de lo desconocido y del mañana. Los que tenían remordimiento aprendían a olvidar las cosas; los que tenían duelos, a olvidar los seres.

Cuando se encontraban unos con otros, por casualidad, se apresuraban a esquivarse. No había en la casa — por orden del maestro — espejos donde hubieran encontrado el mal sueño. Después del día, veía el dormitorio, tranquilo como un cementerio, un buen cementerio en el que no se está muerto, donde se espera, donde se vive, pero sin notario.

El primer día del siguiente mes, a las ocho, los diez se iban, vueltos a echar uno a uno en el mundo, como en el mar. Enseguida, otros diez entraban, los diez primeros de la fila, que desde la víspera batían las paredes de la casa, como a los bordes de una isla. Los diez primeros, ni uno más ni uno menos; nunca recomendaciones, excepciones, injusticias; una sola regla: los que habían entrado una vez no eran admitidos otra. No se pedía nada más a los llegados, ni siquiera la confesión de sus nombres.

Y el primero del mes, en cuanto sonaron las nueve, exactamente al mismo tiempo en la capilla anglicana y en la capilla católica de la casa, abrió la pequeña puerta a los pobres.

Una hilera de criaturas estaba contra la pared y el batiente de la puerta. Apenas éste giró en la sombra, el amasijo andrajoso se precipitó, como aspirado.

El ayudante tuvo que echarse hacia adelante para imponer un poco de orden a la invasión glotonca. Era necesario arrancar por la fuerza, desgarrar de la masa a cada uno de los asaltantes, apretados codo con codo, desesperadamente aferrados uno al otro, como fantásticos amigos. El octavo entró, luego el noveno, luego el décimo.

Y entonces la puerta se volvió a cerrar, rápidamente; no lo bastante rápidamente para que yo no pudiera contemplar, a un paso de mí, aquel sobre el cual se cerraba: el undécimo, el desventurado, el maldito.

Era un hombre sin edad, de cara marchita y gris en la que flotaban dos ojos opacos. Me miraba tan desesperadamente que parecía sonreír. Me estreché al contacto de esa ansiedad extraordinaria,

de esa cara muda como una herida; ¡Entreví en un relámpago — el tiempo que la puerta se cerró — todo el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí, aunque demasiado tarde, y cómo hubiera merecido el también entrar!

Me ocupé enseguida de los otros; pero algunos instantes después, todavía impresionado por el desaliento que había leído en los rasgos del abandonado, entré en la puerta para ver si estaba aún ahí. Nadie. El hombre y los otros tres o cuatro — vagos harapos que palpitaban detrás de él — habíanse ido a los cuatro vientos del cielo, arrastrados por los caminos, como hojas marchitas. Tuve un pequeño estremecimiento; algo así como el dolor de esos vencidos.

Por la noche, mientras dormía, volví a pensar y me preguntaba por qué se quedaban hasta el último momento los que llegaban cuando ya había diez instalados en la puerta. ¿Qué esperaban? Nada. Esperaban, sin embargo, y había en eso un pobre anhelo del corazón.

Estábamos en el mes de marzo. El último día del mes, hacia la noche, un murmullo un poco aterrorizado subió del lado del gran camino, al pie de la puerta. Asomado a un balcón pude distinguir allí unos hombres que se removían como si fueran insectos: eran suplicantes.

Al día siguiente por la mañana, abríme la puerta a esos fantasmas que la leyenda mágica de la casa llamaba a través del mundo, y que para llegar hasta allí se habían levantado, se habían exhumado, de los más espantosos bajos fondos... Acogimos los diez que se presentaron primero; nos vimos obligados, como siempre, a echar a la vida el undécimo...

Se erguía, inmóvil, del otro lado de la puerta. Lo miré, después bajé los ojos. Tenía un aspecto terrible, con su cara hundida, sus párpados sin pestañas. Emanaba de él un reproche de una simplicidad insoportable.

Cuando la puerta nos separó para siempre, sentí remordimiento, hubiera querido verlo de nuevo... Me volví, casi con resignación, hacia los otros, que bullían de gozo sobre las baldosas, asombrándome de pensar con tanta seguridad que, más que esos, el otro habría debido entrar.

Y cada vez fué así. Cada vez me volvía más indiferente a la baranda de los admitidos, de los satisfechos, y consagraba mis miradas a aquel a quien se le ne-

gaba la entrada... Y cada vez me parecía, precisamente, el más digno de lástima, y me sentía maltratado en ese condenado.

En junio fué una mujer; la ví comprender que no entraría y ponerse a llorar. Yo temblaba examinándola furtivamente; para colmo de desgracia, la pobre tenía los párpados sanguinolentos como llagas.

En julio, la víctima designada era incomparablemente lamentable a causa de su avanzada edad, y ningún ser entenebrado como el que se rechazó el mes siguiente: tan joven era. Otra vez, el que se debió apartar del grupo de los elegidos, me imploró con sus pobres puños, alrededor de los cuales colgaba un resto de ropa deshilachada. El que la fatalidad sacrificó al mes siguiente, me mostró el puño, amenazador; y la súplica del uno me dió miedo, y la amenaza del otro me inspiró piedad...

Hubiese casi pedido perdón al "undécimo" de octubre, que se erguía, tieso, envuelto en una atadura grisácea, parecida a una venda, flaco, en su traje flotando al viento como una bandera... ¿Pero qué hubiera podido decir al miserable que treinta días después lo siguió? Enrojeció, balbuceó una excusa tímida, y se retiró, después de haberse inclinado con una cortésia trágica.

Y así, un año pasó. Doce veces hice entrar los vagabundos vencidos por la vida, los obreros para los cuales toda probabilidad de trabajo había desaparecido, los criminales redimidos; hice en-



trar algunos de los que se aferraban a las aristas del muro como a los arrecifes de la costa; eché a otros, parecidos, y que prefería confusamente.

Una idea me persiguió: la de que participaba en una injusticia abominable. No había motivo, en realidad, para dividir a todos esos pobres, así, en amigos y en enemigos, no había más que un motivo arbitrario, abstracto, falaz: una cuestión de número, un signo. En el fondo, no era justo, ni siquiera lógico.

Pronto, no pude continuar más en esa serie de errores. Fui a buscar al maestro y le supliqué que me diera un empleo, a fin de que no tuviera cada mes que recomenzar la misma mala acción.

Henri BARBUSSE

El Derecho obrero y la producción (1)

Hasta aquí la clase obrera se ha interesado solamente por mejorar las propias condiciones, como asalariada; toda su acción se ha desenvuelto en el sentido de obtener buenas condiciones de trabajo, aumento de salario, disminución de horas de trabajo, etc., todo ello acompañado más o menos de espontáneas manifestaciones adventuristas en favor de la socialización de la propiedad y contra el capitalismo; — pero sin que surgiesen en ella preocupaciones de otra especie referentes a la esencia misma de la producción y del consumo.

Inútil volver a decir aquí lo que hemos repetido tantas veces: que los mejoramientos parciales, obtenidos en el ámbito de la sociedad burguesa, son del todo relativos en el tiempo y en el espacio. Y sólo la revolución social expropiadora puede hacer cesar la miseria y la explotación. Pero en verdad uno de los medios para salir del círculo vicioso en que gira la clase obrera, que pide aumentos de sa-

lario para verse quitar como consumidor a lo que ha obtenido como productora asalariada, un modo, digo, de dirigir su atención también sobre el problema del consumo y sobre la esencia misma de lo que ella produce.

Por lo demás, a esto se deberá ir bajo el impulso de la necesidad. Ahora, (hablo de Italia, pero creo que el fenómeno es general) a pesar de los aumentos de salario obtenidos por los trabajadores, el costo de la vida se ha vuelto tan caro, hay en realidad una tal carestía de artículos de primera necesidad, — no porque falten de hecho, sino porque son vendidos a precios exorbitantes, — que el proletariado ha debido por fuerza dirigir su atención a este lado del problema social. La agitación actual contra la carestía de los víveres y de los alquileres es el índice.

Esta agitación, dignamosla enseguida, es conducida con criterios erróneos y casi antediluvianos. Los comités, las ligas de inquilinos, los manifiestos y los mítines, están destinados a perder el tiempo que absorben, en cuanto se trata de medios de acción no sólo anodinos todos ellos, sino que se desenvuelven fuera del terreno de clase, y por consiguiente son peligrosos para la causa misma de los trabajadores. Hermanar a los consumidores, sólo porque son consumidores, significa hacer colaboración de clase, significa hermanar a los explotadores con los explotados, significa abrir el paso a las embrolones políticos y hacer recaer el proletariado en los brazos de la democracia burguesa que tantas veces lo ha engañado.

¡No! el proletariado debe considerar el problema de la producción y del consumo, siempre, desde su punto de vista; y también como consumidor debe confiar sólo sobre sus propias fuerzas, a brar sólo con sus medios propios, fiar sólo, por decirlo con la palabra en boga, en su acción directa.

Como en todo lo demás, también en este punto la acción proletaria beneficiará no solamente a los trabajadores, sino en general a todos. Se ha hecho observar que la organización y la resistencia obrera han tenido un resultado benéfico también sobre el desarrollo de la producción; la cosa nos interesa pero no nos disgusta. Así, si los trabajadores encuentran en sí la fuerza para mejorar su condición de consumidores, además de la de asalariados, de esta acción suya se beneficiarán todos los consumidores en general.

Y tampoco esto nos disgusta, porque al menos demostrará que la causa de la emancipación obrera es la causa misma de la humanidad.

Más para que la obra no sea frustrada por inclinaciones malas, para que no sea desviada, es necesario que se mantenga proletaria y revolucionaria, y que escape a toda tentativa de colaboración de clase. ¿Es posible esto? Ciertamente.

Hoy, cuando los obreros hacen huelga, si vencen, por lo común firman concordatos con los patronos: el patrón se obliga a dar el salario pedido, en cambio de la cesación de las hostilidades. ¿Por qué no ha de ser posible que en los concordatos los obreros exijan que el aumento de salario no sea luego acompañado de un aumento de precio en la venta de los productos de su trabajo? Así si los panaderos de un pueblo se ponen en huelga, deben imponer a los patronos no sólo el aumento de salario para sí, sino también que no sea aumentado el precio del pan. Y no sólo esto, sino que un desarrollo mayor de la conciencia proletaria deberá hacer posible también la huelga en defensa de los consumidores. ¿Qué simpatías no atraerá sobre sí una organización de clase que proclamara la huelga para imponer a los patronos la rebaja de los precios en la venta de los productos de primera necesidad!

Tiempo atrás los ferrocarrilleros italianos, al reclamar del gobierno mejoramientos para sí, rechazaron enérgicamente una propuesta tendiente a aumentarles los salarios por medio de una elevación de las tarifas para los viajeros y para las mercancías. Instintivamente comprendieron que de ese modo el gobierno los ponía en mal concepto ante la opinión pública, sin contar que el encarecimiento de las tarifas muy pronto hubiese repercutido en el consumo de los géneros de primera necesidad, y que ellos mismos habrían en parte pagado los gastos.

Cierto, la lucha en el terreno del consumo no tendría modo de desenvolverse sobre todos los ramos de la producción. Y por lo demás la cosa no es tampoco necesaria. El interés de los trabajadores no va mucho más allá del consumo de los géneros de primera necesidad: el alojamiento, los artículos alimenticios y el vestido. De la producción de artículos de lujo pueden tranquilamente desinteresarse, al menos por ahora. Pero en lo que respecta a los artículos de primera necesidad, su obra podría desenvolverse del modo más eficaz.

Ella sería doblemente útil: desde un punto de vista moral y desde un punto de vista material. Materialmente, es inútil detenerse aquí a demostrar la utilidad para el obrero de pagar menos el pan, la carne, la casa y el vestido. Moralmente, el provecho de interesar a los trabajadores en el problema de la producción y del consumo, de iniciarlos en la comprensión de este problema también en lo

que se refiere a la organización futura de la sociedad.

Un provecho moral resulta también del hecho que de este modo toda la sociedad, excluidos los explotadores directos y los capitalistas interesados, se beneficiaría de la acción proletaria. Y esto crearía en torno a ella, aún entre las clases medias e indefinibles, esa atmósfera de simpatía y de solidaridad, que es tan necesaria al triunfo de las reivindicaciones obreras. En cambio los trabajadores se sentirían aún más ennoblecidos por la persuasión de combatir por una causa de utilidad general, además de particular suya, de sentirse efectivamente los intérpretes de la solidaridad humana.

Afirmado el principio, es decir, el derecho de intervención de la clase obrera en el modo de emplear la producción, es fácil llegar a concebir el derecho de intervenir también en el modo de producir y sobre la elección de la producción.

Hasta aquí la clase obrera se ha limitado a controlar, criticar y querer modificaciones en los modos de producción sólo en lo que se refiere a sus intereses especiales. Así, pedía el saneamiento de las fábricas, el uso de instrumentos y substancias no dañosas a la salud, etc. Pero también en este campo podría intervenir para hacer el interés de los consumidores, que, en definitiva, es también su propio interés.

El asunto ha sido tratado otra vez, por nuestro amigo Max Nettlau en una relación, que envió al congreso anarquista de París de 1900 sobre la *solidaridad y la responsabilidad en la lucha obrera*.

Todos saben que la gran industria y el comercio, — como también las fábricas y talleres, salvo pocas excepciones, — no son solamente un medio de explotación contra la clase obrera, sino también un fraude continuado en daño de los consumidores. Hace pocos años un novelista americano levantó un verdadero escándalo, revelando con cuáles ingredientes y con cuáles productos se fabrican las conservas alimenticias de carne, como se emplean substancias en vias de putrefacción, animales de matadero enfermos, etc., etc. Si los obreros, también los de nuestros países, quisiesen hablar, podrían decirnos cuántos panaderos amasan un pan en que la harina entra sólo por dos tercios, cuántos salchicheros nos dan carne de burro por carne de cerdo, cuántos constructores por economía de material edifican casas nada sólidas, cuántos fabricantes de telas engañan al público con los medios más refinados, cuántos establecimientos vinícolas dan vino hecho sin uva, etc., etc.

No son exageraciones; cada tanto, la lenta y tarda autoridad, cuando se decide por forma a hacer inspecciones higiénicas, descubre los fraudes más inverosímiles, en perjuicio de los consumidores. Recuerdo haber leído una estadística curiosa de todo lo que en Londres fue hallado en una serie de inspecciones de los géneros alimenticios: todo, pan, carne, café, embutidos, y hasta fruta y huevos, es falsificado del modo más dañoso a la salud de los consumidores, por la industria y el comercio, en la carrera afanosa hacia las ganancias y el enriquecimiento. Que ni siquiera a los más grandes industriales repugna esta especie de banditismo, lo demuestra el hecho del descubrimiento realizado hace años en Roma, Nápoles, Florencia, y en otras partes, de fraudes cometidos por grandes sociedades capitalistas en el despacho del alcohol. Aquí se trataba de contrabando y eso no entra en nuestro asunto; pero demuestra siempre la capacidad de delinquir, no importa si contra el Estado o contra los consumidores, de la clase capitalista.

Ahora bien, si el obrero tomase una actitud de hostilidad contra este banditismo capitalista, si se negase a ejecutar los trabajos nocivos, fraudulentos, envenenadores del público, ¿qué benéfica influencia no ejercería? ¿Quién osaría no apoyar una huelga, por ejemplo, que significase la negativa a confeccionar géneros alimenticios peligrosos para la salud pública? ¿Quién no apoyaría cualquier forma de lucha por parte de los obreros, contra el fraude organizado por los grandes industriales y por los gruesos negociantes?

Nadie podría impugnar a la clase obrera el derecho de resusar los brazos a un trabajo considerado nocivo. Hace años, en

un suburbio de Bolonia, en Corticella, las organizaciones de jornaleros, albañiles, peones y afines resolvieron no trabajar en la construcción de un convento-escuela proyectado por los curas. La iniciativa partió ideada de nuestros compañeros — el espíritu anarquista que la informa es evidente, — y los otros trabajadores la aceptaron entusiastas. Ellos juzgaban que la erección de un convento-escuela habría sido un daño para el pueblo, y decidieron impedir la construcción organizando una especie de huelga preventiva y el boicot en torno a la empresa de los curas.

Algo semejante fué en 1908 ideado por los anarquistas de Mantua. Se debía construir una nueva cárcel, y los compañeros hicieron una activa propaganda para que se boicoteasen los trabajos. Vosotros trabajadores, — decían, — no debéis construir con vuestras manos las prisiones que los amos hacen erigir para encerrar a las víctimas de su mala organización social. La cosa tuvo algún eco, entonces; los socialistas la llamaron una utopía, una necedad, y nuestros compañeros vieron caer poco en el vacío su propaganda; un poco también por culpa propia, ya que hasta entonces no se habían ocupado de participar en las organizaciones obreras, por medio de las cuales hubiesen quizás podido actuar el proyecto.

Pero, a pesar de los escarnios ajenos y de los errores de los nuestros, la idea

se ha abierto paso. La palabra de orden: "boicoteemos los trabajos nocivos" empieza a correr el mundo; ella hará su camino, estamos ciertos.

Esto abre una nueva vía al desarrollo de la lucha obrera, que dará seguramente efectos duraderos, — pero a condición siempre, de que estos nuevos medios de acción no den a la clase obrera la ilusión de poder con ellos solos resolver el problema social y eliminar la miseria y explotación. También su eficacia, como la de los aumentos de salario, será del todo relativa, y subordinada al fin constante a que deben mirar siempre: el fin de la explotación capitalista por medio de la revolución expropiadora.

Luigi Fabbrì

(1) Este artículo debe ser considerado como integrativo del otro sobre "El problema del consumo" que envió hace tiempo a LA PROTESTA, pero del que no tengo el texto a la vista. Si acaso he repetido alguna cosa, el lector me disculpará.

PAGINAS VIEJAS

La cooperación libre y los sistemas de comunidad

Entiendo por cooperación libre el concurso voluntario de un número indeterminado de individuos para un fin común, y por sistema de comunidad todo arreglo social que reposa sobre la propiedad común de las cosas. Siempre que emplee la locución sistemas de comunidad será para designar, sea algunos, sea todos los planes de comunidad preconcebidos, o lo que viene a ser la misma cosa, determinados a priori.

Doy estas explicaciones porque es muy importante entenderse sobre el valor de las palabras. Entre nosotros, anarquistas, hay comunistas colectivistas y anarquistas sin calificación alguna. Bajo la denominación de "socialismo anarquista" existe un grupo bastante importante que rechaza todo exclusivismo doctrinario y acepta un programa para descartar en principio todas las divergencias. La denominación *socialista*, por su carácter genérico, es más aceptable que otra cualquiera.

Sin embargo, en realidad, las diferencias doctrinales persisten; es útil someter las ideas al análisis imparcial y tratar de establecer el acuerdo eliminando las causas de divergencia.

Aparte de la fracción individualista, todos somos anarquistas socialistas y todos estamos por la comunidad. Digo todos, porque el colectivismo, tal como lo entienden los anarquistas españoles, no es más que un grado de la comunidad que, a su vez, los que se denominan comunistas, no expresan con la misma palabra. Hay, pues, un principio común. Los diferentes nombres que nos damos no indican nada más que interpretaciones diferentes, porque el principio primordial es para todos la posesión en común de la tierra, de los instrumentos de trabajo, etc.

Las diferencias surgen tan pronto como se trata del medio de producción y del reparto de la riqueza.

La disparidad de opiniones aparece sensible porque, por educación, tendemos a dogmatizar, y cada uno, desde hoy, trata de sistematizar la sociedad futura, descuidando un poco la idea anarquista misma.

Una disparidad semejante, nacida de la preferencia por sistemas determinados, no es racional, según mi opinión. Quiero decir que el hecho de preconizar esos sistemas es contradictorio con el principio radical de la libertad y que eso no es en ningún modo indispensable a la propagación de nuestras ideas.

Es muy sencillo hacer comprender a las gentes menos instruidas que las cosas se harán de tal o cual manera en el porvenir, pero no sirve más que para reafirmar su educación autoritaria y hacerles creer que se obrará de un cierto modo y no de otro.

Se les dice con bastante desenvoltura que cada cual gozará del producto íntegro de su trabajo, y que cada uno tomará lo que le sea necesario donde lo encuentre; pero lo que se explica menos fácilmente es la manera de proceder sin ocasionar perjuicio a nadie y sobre todo cómo se pondrán de acuerdo todos los hombres para obrar siguiendo esta manera o la otra.

Nos es preciso, al contrario, hacer penetrar en los cerebros la idea de que todo deberá acontecer siempre y en todas partes conforme a la voluntad de los asociados y esforzarnos por hacer comprender bien la necesidad absoluta que hay de dejar a los hombres en completa independencia de acción. No es ciertamente llenando las cabezas de planes preconcebidos como se las prepara para la educación anarquista.

Esta última tarea es más complicada que la precedente. Hace menos fácil la comprensión de las ideas anarquistas, pero es la que corresponde a la afirmación de un mundo mejor, en que la autoridad sería reducida a cero.

Siendo ciertamente común a todos este modo de comprender la propaganda, creo que haremos obra útil al contribuir todos a orientarla cada día en un sentido antidogmático y antiautoritario.

Si afirmamos que la libertad debe consistir, para cada grupo y cada individuo, en poder obrar automáticamente en todo momento, y si le afirmamos todos, es claro que queremos los medios con ayuda de los cuales sería practicable tal autonomía. Y porque queremos estos medios, somos evidentemente socialistas y afirmamos que la posesión común de la riqueza es justa y necesaria, porque sin la comunidad, que significa la igualdad de los medios, la autonomía sería impracticable.

Entendemos, creo yo, sin desacuerdo, por comunidad de la riqueza la posesión en común de todas las cosas puestas así a la libre disposición de los grupos y de los individuos. Esto supone que será preciso establecer el acuerdo necesario para el empleo metódico de esta facultad de disponer libremente de las cosas.

La investigación de las formas posibles de este acuerdo necesario da nacimiento a las diferentes escuelas de que hablamos.

¿Será necesario, a despecho de nuestras afirmaciones puramente socialistas, sistematizar la vida en plena anarquía? ¿Será necesario decidirse desde hoy por un sistema especial de práctica comunista? ¿Habrá que trabajar por la instauración de un método exclusivo? Si tal fuera se justificaría la existencia de tantos partidos anarquistas como las ideas económicas que dividen nuestras opiniones.

Por otra parte, demostraríamos que con tales propósitos queremos algo más que la igualdad de los medios como garantía de la libertad. Demostraríamos que tratamos de dar una regla a la libertad misma, o más bien a su ejercicio.

Sistematizar el ejercicio de la autonomía es contradictorio. Libre es el individuo y libre es el grupo; nada puede obligarles a adoptar tal o cual sistema de vida social. Además, nada sería bastante poderoso como para imprimir una orientación uniforme a la producción y a la distribución de la riqueza.

Ya que afirmamos la total autonomía individual y colectiva, tenemos que admitir como consecuencia la facultad de proceder como bien se entienda, la posibilidad de que unos obrén de un modo y otros de otro; es la evidencia de prácticas múltiples, cuya diversidad no será un obstáculo a la resultante de paz social y de armonía a que aspiramos. Debemos, pues, admitir en resumen el principio de la cooperación libre, fundada sobre la igualdad de los medios, sin que sea necesario ir más lejos en las consecuencias prácticas de la idea.

¿Por qué el anarquismo debe ser comunista o colectivista?

El sólo enunciado de estas palabras produce en nuestro espíritu la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado, y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos; no preconizamos panceas infalibles; no construimos sobre la arena móvil castillos frágiles que el más pequeño soplo del porvenir próximo bastará para demoler. Propagamos la libertad en la práctica; la posibilidad de obrar libremente en todos los tiempos y en todos los lugares. Esta posibilidad será efectiva para el pueblo tan pronto como se encuentre en posesión de la riqueza y pueda disponer de ella sin que nadie ni nada pueda oponerse a ello. Será tanto más efectiva cuanto más libremente pueda concertarse el pueblo sobre los medios de organizar la producción y la distribución de la riqueza puesta a su disposición.

Podremos decir entonces al pueblo: Haz lo que te parezca bueno; agrúpate como te plazca; regula tus relaciones por el empleo de la riqueza según te parezca mejor; organiza la vida libre como sepas y como puedas... entonces, bajo la influencia de las opiniones diversas, bajo la influencia del clima y de la raza, del medio físico y del medio social, se producirá la actividad en múltiples direcciones. Se aplicarán diversos métodos y así, a la larga, la experiencia y las necesidades determinarán las soluciones armónicas y universales de la vida social. Obtendremos por la experiencia al menos una parte de lo que no podríamos ciertamente obtener con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles.

La afirmación de que todo es de todos no implica de ningún modo que cada uno pueda disponer de todo arbitrariamente o conforme a una regla dada. Significa sólo que estando la riqueza a la libre disposición de los individuos, la organización del disfrute de las cosas es dejada a la libre iniciativa de éstos últimos.

La investigación de las formas de una tal organización es ciertamente útil y necesaria, pero sobre todo a título de estudio y no a título de doctrina impuesta; no habrá ni siquiera investigación y no deberá tener por resultado una unidad de opiniones. No es necesario que determine un credo social; en materia de opiniones es preciso saber respetarlas todas, y la libertad de ponerlas en práctica es la mejor garantía al respecto.

En una sociedad, los trabajos obligados miembros a ejecución de sus el voluntario, preciso, puede mantenerse serán ejecución diversas acción podrá nista que la o, mejor dióviduos; a tarlamentar racionamiento. ¿Quién podrá car el conju

Se podrá ción es sin caso el con mo y recib un diferent to de prob se cae cua qua un sig forme, su. Cuando uno de no amplia, es bajo el no resultados los térmi etc., se as plan comu cual todo. Nuestra mente de a ciertos mo se at se deja 1 de escuela en lugar tes, hace o fanático en una ra que s

A las de orden añadir rroboran

La ex histórica más que

¿Cómo podido or están le

El prin las exp

lement da. Del no se p

terística comuni En tod

vidualis sos. La desde e mo má

nidades ritarío distanc práctic un mis to de

gubern derech la rep subdita subjeti son nu cas el jar no se de la

serva los gu su co viduo nunió cazan Contin comp plicac proce Del duali en ci nism ment ment el E En c se a

En una sociedad como la que preconizamos, la naturaleza diversa de los trabajos obligará en algunos casos a los miembros a encargarse por turno de la ejecución de ciertas tareas. En otros casos el voluntariado será necesario. Es preciso, pues, que un grupo se ocupe permanentemente de dichos trabajos; otros, serán ejecutados alternativamente por diversas agrupaciones. Aquí la distribución podrá seguir el procedimiento comunista que la abandona a las necesidades, o, mejor dicho, a la voluntad de los individuos; allí, habrá que resolver voluntariamente una regla cualquiera, como el racionamiento u otra cosa por el estilo. ¿Quién podrá pretenderse capaz de abarcar el conjunto de la vida futura?

Se podrá decirnos que toda esta exposición es simplemente comunismo: en este caso el comunismo es también colectivismo y recíprocamente. No hay más que una diferencia de grados, y lo que yo trato de probar es la contradicción en que se cae cuando se asocia al término anarquismo un sistema cerrado, invariable, uniforme, sujeto a reglas predeterminadas. Cuando exista en el cerebro de cada uno de nosotros ese espíritu de libertad amplia, ese criterio general que designo bajo el nombre de cooperación libre, los resultados prácticos demostrarán que a los términos "colectivismo, comunismo, etc.", se asocia más o menos la idea de un plan completo de vida social, fuera del cual todo lo demás no es más que error.

Nuestras luchas proceden precisamente de haber asociado algunas ideas a ciertos términos en que el exclusivismo se afirma, y cuando la propaganda se deja invadir por los particularismos de escuela, el resultado es fatal, porque en lugar de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A o fanáticos del comunismo B, fanáticos, en una palabra, de un dogma, cualquiera que sea.

A las razones que podríamos llamar de orden interior, ya expuestas, deberé añadir otras de orden general, que corroboran mis deducciones.

La experiencia actual y la experiencia histórica, de la cual no será el porvenir más que un corolario, serán utilizadas.

¿Cómo se quiere que un sistema haya podido o pueda predominar? Los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno, pero las experiencias prácticas varían sensiblemente y se alejan del punto de partida. Del comunismo de algunos pueblos no se puede obtener más que una característica ideal. En los hechos no hay un comunismo semejante a otro comunismo. En todos se hacen concesiones al individualismo, pero en grados muy diversos. La reglamentación de la vida oscila desde el libre acuerdo hasta el despotismo más repugnante. De las libres comunidades esquemáticas al comunismo autoritario del antiguo imperio peruano, la distancia es enorme. Sin embargo, las prácticas del comunismo se derivan de un mismo principio: el derecho absoluto de la colectividad, que en los países gubernamentales se transforma en el derecho absoluto del príncipe que asuma la representación y los derechos de los súbditos. No obstante, este principio no subsiste sin límites esenciales. Los límites en beneficio de la individualidad son numerosos en todas partes. En ciertos casos es propiedad privada la casa y el jardín. En otros casos, la comunidad no se extiende más que a una porción de la tierra, estando las otras partes reservadas al Estado y a los sacerdotes y los guerreros. En fin, los esquemáticos, en su comunismo libre, reconocen al individuo el derecho a separarse de la comunidad y a establecerse en otra parte, cazando y pescando a su sólo riesgo. Continuando esta excursión en el dominio de la sociología y de la historia, se comprende fácilmente cuán difícil es explicar que prácticas tan contrarias procedan de un principio común.

Del mismo modo, el régimen individualista en muchos casos se encuentra en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho. La propiedad se reduce a menudo a la posesión o al usufructo que el Estado concede o retira a voluntad. En otros casos, el disfrute de la tierra se atribuye por repartos periódicos, por

que teóricamente se dice que el suelo es de todos.

Si analizamos la experiencia actual del individualismo industrial o agrícola, vemos que el principio o regla es uno: el derecho a la propiedad exclusiva y absoluta de las cosas, pero que los métodos de aplicación varían de país a país y de ciudad a ciudad.

A despecho del propósito de unificación de los legisladores, del poder absorbente y unitarista del Estado, las leyes son un verdadero *marchénium* y los usos y hábitos en la industria, la agricultura y el comercio son tan opuestos, que lo que es equitativo en un lugar es tenido por injusto en otro.

Hay países en que la asociación hace milagros, y otros en que el individuo prefiere luchar por su cuenta y riesgo. Comarcas enteras pertenecen a una misma nación o a una docena de individuos, mientras que otras están divididas en parcelas muy pequeñas. Aquí prevalece la gran industria, allí subsiste el antiguo artesano que trabaja en un pequeño taller.

La transmisión de la propiedad reviste las formas más variadas. En cuanto a los diezmos deducidos por el señor que goza de derecho absoluto, han desaparecido o se transformaron en ciertos lugares; en otros persisten.

Es necesario hacer constar que ningún Estado llamado "civilizado" es totalmente individualista. A pesar del derecho al uso y al abuso de las cosas, el poder público invade a cada paso el derecho de los ciudadanos. Por causa de utilidad general, se establece la expropiación y se vuelve a caer así en el principio comunista del derecho de la colectividad.

Por otra parte, una porción considerable de la riqueza es consumida en común en los países civilizados y existe un gran número de instituciones comunistas que viven en medio del individualismo moderno.

Creo inútil añadir pruebas que están al alcance de todo el mundo: me limito a indicar un proceso y a deducir conclusiones.

De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desarrollará siguiendo un principio general, el de la posesión común o colectiva (los dos términos son equivalentes para mí) de la riqueza y que prácticamente este principio se traducirá en métodos diversos de producción, de contribución y de consumo, métodos todos de cooperación libre.

Esta misma deducción resulta inmediatamente del principio de libertad que nos es tan precioso. Y ahora puedo agregar que la diversidad de las experiencias individualistas o comunistas, contenidas en el pasado y en el presente, no es más que la consecuencia obligada del principio de libertad que sobrevive en la especie humana a despecho de todas las coacciones. El individuo, lo mismo que el grupo, tiene siempre a regular su existencia, a regirse siguiendo sus opiniones, sus gustos y sus necesidades. Y cuando es reducido a un sistema impuesto, libera su existencia en medio mismo de ese sistema, no conformándose a él y arreglándolo todo lo posible según los gustos, las necesidades y las opiniones al respecto. Así fué antes, así es hoy y lo mismo será mañana, pensamos nosotros.

Ante la invariabilidad sistemática y todos los exclusivismos de doctrina, creo haber establecido que el corolario de la anarquía es la cooperación libre en la cual toda práctica de comunidad tiene el espacio que le conviene, y pienso que podemos y debemos agruparnos todos bajo la denominación de socialistas anarquistas.

Las luchas del exclusivismo doctrinario languidecen actualmente. Mi deseo es haber contribuido a hacerlas desaparecer por completo.

La afirmación del método de cooperación libre es puramente anarquista, y enseñará a los que vienen a nosotros que no decretamos ni dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anarquía no es una apariencia de la libertad, sino la libertad misma, la libertad en acción.

RICARDO MELLA

ARNOLD ROLLER

Páginas de la historia del proletariado español (1848-1907)

(Continuación)

En octubre de 1883 tuvo lugar el tercer congreso de la Federación Regional en Valencia. Este congreso se ocupó principalmente de la *Mano Negra* — que fué ahora causa de la escisión y disolución de ese poderoso organismo. Los valerosos y enérgicos anarquistas conscientes defendieron los actos de la *Mano Negra* — en la creencia de que había realmente existido — en tanto que la mayoría, que simpatizaba con el anarquismo, pero que no era anarquista consciente, sencillamente, — es triste decirlo — por temor a las persecuciones se dejó llevar a una declaración en que aseguraba no tener nada de común con los crímenes de la *Mano Negra* y en que los desaprobaba.

Por consiguiente los anarquistas enérgicos, una minoría importante, se retiró de esa federación y fundó más tarde una federación puramente anarquista con el nombre de *Organización Anarquista de la Región Española*, que se componía en especial de grupos libres, círculos de estudios, grupos, editores de periódicos y folletos, etc. Había llegado la época de la propaganda y de la discusión teóricas, de los principios, — en especial sobre el eterno tema "comunismo o colectivismo".

Esta diferencia llevó a la escisión del movimiento. La vieja federación sindical permaneció colectivista, los nuevos grupos de los que surgió la *Organización Anarquista*, fueron siempre más comunistas, revolucionarios, pero fuera de los sindicatos.

En el año 1885 fué celebrado en Reus (Cataluña) el primer *Certamen Socialista*, una especie de torneo literario de los mejores trabajos sobre el anarquismo. Todos los trabajos distinguidos y premiados eran completamente colectivistas. En Barcelona fué celebrado el segundo *Certamen Socialista*, y aunque el jurado, que se componía de los más conocidos escritores anarquistas, sostenía el punto de vista colectivista, fueron premiadas y publicadas algunas tesis comunistas. En este Certamen fué presentado también el himno anarquista "Hijos del Pueblo" que se hizo después famoso, por un tipógrafo, Rafael Carratalá, y publicado por primera vez.

El 1 de septiembre celebraron durante una huelga de albañiles los empresarios una conferencia para discutir el procedimiento a seguir contra los huelguistas. En esa conferencia cayó una bomba que mató a doce explotadores.

La vieja Federación Regional se hundió pronto. Tuvo aún un congreso en 1887 en Madrid, y en su último congreso de 1888 resolvió su disolución. En mayo de 1888 los anarquistas fundaron en su congreso en Barcelona una nueva federación sindical con el nombre de *Federación de Resistencia al Capital*. Esa federación tenía su fuerza principal en Cataluña, pero no fué nunca tan poderosa como su precursora la Federación Regional, lo que tal vez hay que atribuir también en parte a la circunstancia de que en el mismo año fué fundada la federación sindical social-demócrata *Unión General de Trabajadores*.

Por tanto hay en esta época cuatro organizaciones obreras en España: por una parte el partido obrero social-demócrata con su organización sindical paralela, *Unión General de Trabajadores*; y por otra la *Federación Anarquista* con la *Federación de Resistencia al Capital* que estaba bajo el influjo de los anarquistas.

Unas palabras sobre la social-democracia en España. Tomamos de un artículo de Pablo Iglesias en *Nuestro Tiempo*, 1902:

Desde 1878 a 1881 hay un grupo socialista secreto; en 1881 hay ya cuatro grupos públicos; en 1885 hay cinco en toda

España. Desde 1886 comenzó a aparecer la primera publicación socialista semanal *El Socialista*, redactado por Pablo Iglesias.

En las elecciones recibieron los socialistas en toda España en 1891: 5.000 votos; en 1901: 25.400. Según los datos de Iglesias la Unión General de Trabajadores tenía en 1889: 2350 miembros; en febrero de 1902: 32.700 (?). Indudablemente es extrao que el partido recibiera menos votos en las elecciones que el número de miembros que sostienen tener en sus sindicatos — lo que por lo demás no ocurre en ningún país.

La Federación de Resistencia al Capital fué energicamente apoyada por la Organización Anarquista en todas sus luchas. Ambas organizaciones propagaban en su interior la huelga general y organizaron huelgas importantes y revolucionarias que causaron gran sensación.

A fines de febrero de 1888 tuvo lugar en Río Tinto una huelga en que participaron de 12.000 a 13.000 obreros y mineros. Cuando volvían de ante la casa del gobernador, el regimiento de Pavía hizo una descarga criminal desde atrás contra los huelguistas, que tuvo por resultado 57 hombres muertos y 200 gravemente heridos. Unos meses después los obreros se vengaron. Fueron quemadas fábricas, destruidas minas. Se produjeron numerosos "actos individuales" cuyos autores no fueron descubiertos.

En enero de 1839 tuvieron lugar en el palacio real en el curso de 14 días ocho pequeñas explosiones de dinamita, una explosión más considerable en el palacio del arzobispo y una en la casa del jefe del partido conservador.

El 1 de mayo de 1890 abandonaron todos los obreros de Barcelona el trabajo para dar a la demostración decidida internacionalmente el primero de mayo un carácter revolucionario. Fueron detenidos los tranvías y los trenes y fueron quemadas y saqueadas las casas de algunos odiados explotadores. La policía y el ejército se guardaron de atacar a los obreros, los obreros tampoco atacaron, — y dos días después volvieron al trabajo.

En 1891 la Federación de Resistencia tuvo un congreso en Madrid en el que se resolvió declarar la huelga general en toda España el primero de mayo de 1891 para conseguir las ocho horas. El 1 de mayo produjo también en toda España escaramuzas, especialmente en Cataluña; en Barcelona hubo verdaderas batallas callejeras y luchas de barricadas, donde fueron muertos y encarcelados muchos anarquistas.

En esos días se presentó una delegación del partido social-demócrata dirigida por su jefe Iglesias, ante el presidente de ministros, Sagasta, para asegurarle la legalidad y el pacifismo de los social-demócratas y declararle que no tenían nada de común con los bandidos anarquistas, cuyos actos desaprobaban.

Cuando se considera el mapa de España aparecen las ciudades de Barcelona y de Jerez, como dos puntos opuestos del país, como dos polos por los que se podría hacer girar el mapa. Son también los dos centros de la vida revolucionaria de España. Desde las luchas por la independencia contra Napoleón hasta hoy, han sido los puntos principales de todos los movimientos revolucionarios. Todo movimiento en Cataluña halla inmediatamente su eco en Andalucía y viceversa.

Como eco de los sucesos de Cataluña comenzaron los obreros del campo de Andalucía a moverse.

Resolvieron tomar por asalto la ciudad de Jerez (60.000 habitantes) para extender desde allí el movimiento por

toda Andalucía. En la noche del 9 de enero de 1892 debían encontrarse cerca de 5.000 trabajadores del campo fuera de la ciudad para atacar. Sin embargo, una lluvia torrencial en esa noche motivó el que no se congregaran más de 500 o 600 hombres, que decidieron a pesar de todo avanzar. Penetraron en la ciudad sin resistencia. Fueron saqueados algunos negocios, se cambiaron algunos tiros, pero la población obrera permaneció indiferente. A los rebeldes no les quedó otro remedio que retroceder y no cayó ninguno en manos de los soldados. En su miedo, la burguesía se puso más rabiosa porque no sabía a quien dirigirse. Resolvió, pues, vengarse sencillamente en la clase obrera: los jefes de las organizaciones obreras, sus oradores, los colaboradores de los periódicos proletarios fueron condenados a muerte y otros a largos años de trabajos forzados sin la menor prueba de que hubieran estado presentes en la revuelta. Nuevamente se consiguieron mediante la tortura todas las "confesiones" deseadas y cuatro de nuestros mejores compañeros, Lamala, Zarzuela, Busiqui y Lebrizano fueron condenados a garrote. Otros fueron enviados por toda la vida a Ceuta y Melilla, entre ellos Fermín Salvochea, condenado a doce años de presidio por participación en la "insurrección" bien que durante los sucesos de Jerez estuviese en la cárcel de Cádiz, en la que se hallaba desde hacía un año y medio. Su sentencia fué fundamentada en la sospecha de que había incitado la insurrección desde la cárcel.

IV

EL PERIODO TERRORISTA (1892-97)

Ahora se repiten los sucesos de Andalucía en Cataluña. El 24 de septiembre de 1893 el anarquista Paulino Pallás arrojó dos bombas en la Gran Vía de Barcelona contra el general Martínez Campos, al que hirió levemente, para vengar a los camaradas ajusticiados en Andalucía y para protestar contra las atrocidades de la soldadesca en Cuba y la reacción jesuítica en España.

Pallás no huyó, sino que arrojó su gorra al aire y gritó: "¡Viva la anarquía!" Por eso se atrajo la atención y fué arrestado.

Pallás fué condenado a muerte por el consejo de guerra. En el camino al lugar de la ejecución cantó el magnífico himno español hasta el lugar:

"antes que esclavo prefiero morir" ... Cuando fué ordenado hacer fuego gritó aún con voz fuerte: "¡La venganza será terrible!"

Pero con la muerte de Pallás no se contentaba el gobierno, sino que intentó en esa ocasión librarse de todos los elementos incómodos. Para conseguir de los tribunales de guerra la condena de los detenidos, se repitieron los procedimientos de la *Mano Negra*: magullamiento de los órganos genitales, corte de la lengua, compresión del cerebro, privación de agua, de modo que los presos debían beber ante las torturas de la sed sus propios orines, azotes y aguijonazos para obligarlos a correr ininterrumpidamente, día y noche, en el patio de la prisión, privación del sueño, nada quedó sin experimentar.

Uno de los obreros detenidos, inocente y atormentado de ese modo, juró vengarse en los dominadores por sus padecimientos. Fué el anarquista Santiago Salvador, un amigo de Pallás, que poco después de su liberación arrojó una bomba en el teatro Liceo durante una representación de gala. El hecho tuvo lugar el 21 de noviembre de 1894.

Siguieron nuevas e incontables detenciones y nuevos martirios, pero en proporción todavía mayor. Hasta se pidió la investigación a los mismos jueces que operaron en el proceso de la *Mano Negra*. Muchas víctimas murieron durante los martirios. Tan sólo unos meses más tarde se arrestó al autor, Salvador Santiago, en Aragón, el cual confesó inmediatamente su hecho y demostró que no había tenido ningún cómplice. Todas las víctimas de ese proceso que también habían confesado bajo los tormentos lo que se exigía, no fueron puestas en libertad a pesar de que Santiago era el único culpable.

Se construyó un nuevo proceso en el que ahora a los acusados a causa de la bomba del Liceo se les obligó por medio

del sistema infalible de la tortura a "confesar" que habían tomado parte en la "conspiración" contra la vida del general Martínez Campos.

Como resultado de este proceso fueron sentenciados a muerte nuestros camaradas Archa, Bernart, Codina, Cerezueta, Sabat y Sogas y fusilados; un gran número de camaradas fueron también sentenciados a trabajos forzados a perpetuidad en África.

En junio de 1896 estalló en la estrecha calle de Cambios Nuevos de Barcelona una bomba contra una procesión — el autor quedó desconocido hasta su muerte. Fué un francés, François Girault, que murió algunos años después en la Argentina. Tampoco esta vez conoció la tibia de los verdugos ningún límite. Más de trescientos inocentes, que sólo habían sido considerados como sospechosos de tener ideas libertarias, fueron detenidos y torturados.

Ahora llega aquel proceso de Barcelona que llevó el nombre del castillo de la colina de Montjuich a todos los países y descubrió por primera vez claramente ante el mundo a la justicia española. Los gritos de las víctimas torturadas en el Montjuich penetraron en el mundo entero y desde entonces se pronuncia el nombre *Montjuich* sólo con lenguaje estremeñento, pues ni la Bastilla de la vieja Francia y el fuerte de Pedro y Pablo de la actual Rusia han visto los horrores del *Castillo maldito*, como le llama la voz popular.

De trescientos a cuatrocientos detenidos fueron amontonados en lo profundo de un barco de guerra sacados en pequeños grupos y torturados en un departamento especial de martirio de la guardia civil bajo la dirección del teniente Portas según todas las reglas de la "santa" Inquisición. Se les quemó con tenazas al rojo se les arrancó la lengua, se les magulló los órganos genitales etc. etc. Los jueces eran oficiales, y el juez instructor Marzo — que después se volvió loco — ordenaba como había que proceder con los acusados para que ante el espanto consiguieran confesar durante el interrogatorio todo lo que les exigiera. Esta vez confesaron 28 personas haber arrojado la bomba y el juez instructor militar Marzo pronunció ante el tribunal de guerra estas palabras dignas de ser pensadas: "Yo cierro los ojos a la razón y pido la pena de muerte para 28 personas".

Ante el tribunal de guerra los acusados mostraron sus cuerpos ensangrentados y desgarrados, negaron todas sus deposiciones, arrancadas por el martirio — pero a los jueces militares pareció haberles conmovido muy poco eso. Marzo les hizo llevar de nuevo, los volvió a entregar en manos de Portas para prepararlos para más deseadas confesiones. Pronto resonaron en las celdas los gritos espantosos, desgarradores que llegaban hasta la sala en que sesionaba el tribunal de guerra. Los acusados fueron presentados de nuevo y el tribunal sentenció a un gran número a muerte y a unas 60 u 80 personas a trabajos forzados desde 20 años a perpetuidad.

Los absueltos fueron — pues entre tanto había sido votada una ley de excepción contra los anarquistas, que se aplicó de inmediato retroactivamente — condenados a destierro de España; y la intención del gobierno era enviar a los anarquistas desterrados a una comarca despoblada, a un desierto en Rio de Oro, África, para la colonización forzosa, donde pronto habrían sucumbido a causa del clima.

El 4 de mayo de 1897 fueron fusilados los compañeros Tomás Ascheri, Luis Mas, José Molas, José Noguea y Juan Alsina, según la sentencia de muerte, en los fosos del castillo de Montjuich. Llegados al lugar de la ejecución gritaron aún: "¡Somos inocentes!" Uno gritó: "¡Asesinos!" Mas gritó aún: "¡Viva la anarquía!" y Molas: "¡Viva la revolución social!" Fueron obligados a arrodillarse; — sonó una descarga y sólo cayeron cuatro; Alsina quedó en pie. Una segunda salva lo abatió. El pueblo había rodeado los muros del castillo y debió presenciar impotente el trágico espectáculo.

El conocimiento del manejo de las materias explosivas no estaba entonces muy difundido en España y por eso no cayó ninguna bomba entre los verdugos.

(Continuará)

NOTICIAS

TURGUENIEFF Y TOLSTOY — UN DUELO ABORTADO

Alguien relata un hecho curioso que revela el carácter un tanto salvaje y un mucho rudo del gran escritor ruso Turguenieff y el poco aguante de Tolstoy. Cuando juntos ambos célebres escritores, cuando a Turguenieff se le ocurrió contar que la institutriz de su hija acostumbraba a llevarla con ella en sus visitas a los pobres, enseñándola a remendar los trajes usados de los mismos para remediar sus necesidades. Tolstoy, con sus gustos aristocráticos, se indignó de tales procedimientos educativos, diciendo que una joven bien vestida, ocupada en remendar harapos sucios y malolientes, es una comedia. Turguenieff se picó, exaltándose de tal modo, que mandó llamar a Tolstoy y, como este no lo hiciera, Turguenieff se levantó amenazador, diciendo: "Si no os calláis os rompo la crisma". Tolstoy exigió explicaciones, y ante la negativa de Turguenieff, le desafió. El duelo, sin embargo, no llegó a efectuarse, porque Turguenieff, recordada la calma, envió una carta de disculpa.

Los amigos de Turguenieff han negado que éste pronunciara la expresión soez que se le atribuye en el relato (suavizada en nuestra traducción), pero Tolstoy ha confirmado la autenticidad de la narración.

El origen de los yacimientos de nitrato de Chile. — Un estudio comparativo de los productos arrojados por el Etna o el Vesubio y las rocas de la provincia Tarapaca, indica a don Julio Stoklasa que las enormes cantidades de nitrógeno que representan los yacimientos chilenos podrían ser de origen volcánico; las masas de sales amoniacales arrojadas durante las erupciones habrían sido luego nitrificadas por vía bioquímica, explicándose la rapidez de la nitrificación por la radioactividad del ambiente.

Un nuevo azucar: la procelulosa. — Hace un siglo que Braconnot estableció que la celulosa es una especie de anhídrido de glucosa, que puede transformarse en ese azucar por hidrólisis bajo la acción del agua. Una serie de estudios permitieron ultimamente a Gabriel Bertrand aislar un producto intermediario, la procelulosa, que bajo la acción del agua se convierte en glucosa. Si el procedimiento permite la industrialización, ved por dónde, el aserrín que

pisoteamos en los negocios los días de lluvia y sobre el que escupimos en las salvaderas, gracias a la ciencia endurará nuestro mate.

La pesca milagrosa. — Es conocida la narración de San Lucas en el Nuevo Testamento, donde Jesús le dice a Simón que eche las redes en el lago de Genesareth, "hecho lo cual tomaron tal cantidad de peces que sus redes se rompieron". Muchas veces se ha tratado de encontrar una explicación a ese pasaje.

Ya en el 1880, Lortet estudiaba la fauna de peces del lago Tiberiades, señalando la abundancia de una especie de peces de la familia de los Cichlides. Esas percas son el alimento preferido por millares de pelicanos y somorgujos. Son numerosísimas y viven en grandes cardúmenes.

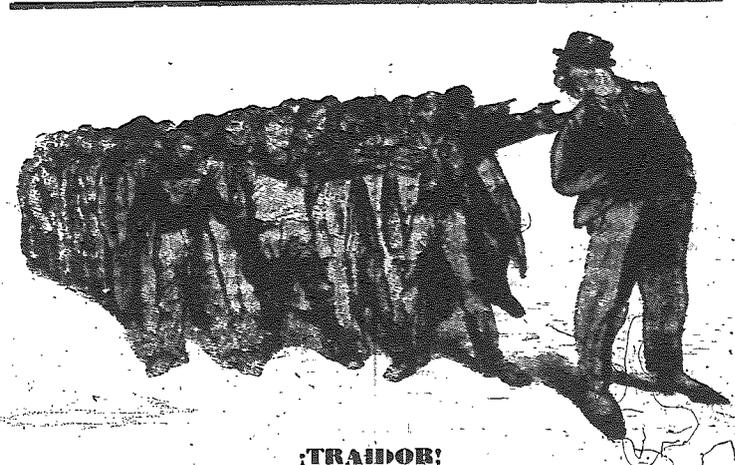
E. W. Gudger ha reabierto la cuestión en *L'Année Biologique*. Según lo que pudo constatar él, es fácil, para cualquiera que observe un poco, el darse cuenta dónde se encuentra un banco de esos peces, debido a una ligera agitación de la superficie del agua producida por las aletas natatorias dorsales que emergen. Los pescadores experimentados conocen eso signo, y apenas lo perciben se apresuran a echar sus redes, que recogen llenas de peces, tantos, que es muy común que se rompan. Actualmente los pescadores acostumbran vigilar las aguas desde una altura y apenas notan la aparición del signo revelador se apresuran a comunicarlo a la confraternidad. Lo que ha pasado en el Tiberiades en tiempos de Jesús no es, por tanto, más milagroso que lo que pasa hoy día: basta ser del oficio, o simplemente observador, y estar apostado en donde pueda verse el signo. Desde allí se dan indicaciones seguras. Según Gudger, San Lucas, que cuenta el episodio, no era seguramente del país y no ha visto nada de lo que explica y hace fácil el milagro.

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabbri: CARTAS A UNA MUJER, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, \$ 0,50

Un pueblo es más civilizado que otros, si puede hacer daño a mayor distancia.

Mientras dudamos es cuando somos verdaderamente inteligentes.

Rafael BARRETT



¡TRAIDOR!